



Cómo citar el artículo

Díaz Facio Lince, V. E. (2014). La muerte, la memoria y el olvido en escritos de Héctor Abad Faciolince. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*, 43, 7-16. Recuperado de <http://revistavirtual.ucn.edu.co/index.php/RevistaUCN/article/view/548/1094>

La muerte, la memoria y el olvido en escritos de Héctor Abad Faciolince¹

Death, Memory and Oblivion in the Writings of Héctor Abad Faciolince

La mort, la mémoire et l'oubli dans les textes de Héctor Abad Faciolince

¹ Este artículo presenta una reflexión preliminar derivada de la investigación doctoral titulada "Disrupción y duelo en narrativas autobiográficas contemporáneas". Doctorado en Humanidades, Universidad EAFIT.



Victoria Eugenia Díaz Facio Lince

Psicóloga

Magíster en Ciencias Sociales

Estudiante Doctorado en Humanidades, Universidad EAFIT

Profesora de Psicología Universidad de Antioquia

victoria.diaz@udea.edu.co

Recibido: 10 de julio de 2014

Evaluated: 27 de agosto de 2014

Aprobado: 1 de septiembre de 2014

Tipo de artículo: reflexión derivada de investigación

Resumen

El artículo presenta una reflexión, derivada de un proceso investigativo, sobre seis escritos del autor antioqueño Héctor Abad Faciolince en los que los temas de la muerte, la memoria y el olvido son comunes. Por medio de textos que oscilan entre la narración autobiográfica y la prosa argumentativa, el escritor propone sus ideas sobre la relación de los hombres con la muerte, particularmente con aquella que arrebató a los amados de forma violenta. La lectura intertextual revela un movimiento en el tratamiento que Abad hace de los temas de la memoria y el olvido: mientras que en los textos más tempranos enfatiza su esfuerzo por preservar la memoria del amado por medio de la escritura, en los escritos más tardíos relaja la importancia del olvido necesario de las heridas causadas por la violencia.

Palabras clave

Héctor Abad Faciolince, Memoria, Muerte, Olvido.

Abstract

This article presents a reflection derived from a research process about six writings by Héctor Abad Facio-Lince, the author from Antioquia, Colombia, which share subjects of death, memory and oblivion. By means of texts that fluctuate between autobiographic narrative and argumentative prose, this writer proposes his ideas about the relationship of human beings with death, in particular when death violently snatches the beloved ones. The inter-textual reading shows a change in the way Abad

deals with memory and oblivion: in the earlier texts he emphasizes on his efforts to preserve the memory of the beloved ones by means of writing, but in the later texts he remark on the importance of forgetting the wounds caused by violence.

Keywords

Héctor Abad Faciolince, Memory, Death, Oblivion.

Résumé

Cet article présente une réflexion dérivée d'un processus de recherche par rapport à six textes de l'écrivain colombien Héctor Abad Faciolince dans lesquels les sujets de la mort, la mémoire et l'oubli sont très communs. Au moyen de textes qui oscillent entre la narration autobiographique et la prose argumentative, cet écrivain nous propose ses idées au sujet de la relation des hommes avec le mort, en particulier avec le mort qu'arrache aux personnes aimées d'une manière violente. La lecture intertextuelle nous montre un changement dans la manière dans laquelle Abad aborde les sujets de la mémoire et l'oubli : dans les premiers textes il met l'accent sur son effort pour préserver la mémoire des aimés au moyen de l'écriture, dans les derniers textes il met en relief l'importance de l'oubli nécessaire des blessures produits par la violence.

Mots-clés

Héctor Abad Faciolince, Mémoire, Mort, Oubli.

Introducción

El presente artículo propone una reflexión sobre seis escritos del autor antioqueño Héctor Abad Faciolince en los que los temas de la muerte, la memoria y el olvido son transversales. Se basa en los libros autobiográficos *El olvido que seremos* (2006) y *Traiciones de la memoria* (2009); la conferencia *Acuérdate de olvidar* (2012), los textos periodísticos *El ensimismado, el enajenado* (2012), *¿Cuándo caduca la culpa?* (2014) y la presentación que el autor hizo del libro de Piedad Bonnett, *Lo que no tiene nombre*, en 2013. También se discute el ensayo *Contra la memoria* (2012) del escritor y periodista norteamericano David Rieff, en quien Abad se apoya para sustentar sus ideas sobre el olvido necesario.

La selección de los textos obedece, además del criterio temático que los concentra en torno a la muerte, la memoria y el olvido, a que en todos ellos se vislumbra una escritura de la subjetividad —marca de nacimiento que trazó Montaigne para el género ensayístico— en la que el texto es substancial con el autor². Por medio de artículos que oscilan entre la narración autobiográfica y la prosa argumentativa, Abad realiza un ejercicio de autorrepresentación en el que la escritura, en sus distintos momentos, revela un proceso de transformación de sus ideas a partir de las experiencias vividas y del conocimiento de sí y del mundo generado por ellas.

Se propone que en la base de los textos de Abad subyacen las marcas del género ensayístico de Montaigne, quien sostiene que lo que permite al escritor partir de lo particular, de su propia experiencia, y contarla para construir con ella un conocimiento que abarque dimensiones más generales es que en él se integra toda la humana condición. Por eso este tipo de escritura ocupa un espacio que se mueve entre lo privado y lo público; el autor parte de sí mismo, de su historia y su patrimonio cultural para formular proposiciones sobre la experiencia humana general. En esta perspectiva, al explicar los alcances de algunas de sus obras más allá de las fronteras colombianas, Abad expone que “los seres humanos, no importa dónde hayamos nacido, estamos hechos de la misma materia. Es esa materia la que reconoce y resuena con las historias ajenas” (*El ensimismado, el enajenado*, 2012, p. 4). Así, en cada uno de los textos trabajados en este artículo, el autor parte de sí, narra lo particular de su experiencia y a partir de ella expone ideas sobre la muerte, la memoria y el olvido con las que propone un alcance que trascienda su intimidad.

Entre la resignación y la protesta frente a la muerte del amado

El primer tema que atraviesa las reflexiones del autor en los artículos estudiados es el de la muerte; el asesinato del padre es una experiencia que lo hace volver, una y otra vez, a la escritura sobre este. En algunos de los textos —*El olvido que seremos* (2006), *Traiciones de la memoria* (2009), *Acuérdate de olvidar* (2012)— escribe de una forma predominantemente autobiográfica, expone algo de su ser y narra su vivencia íntima frente a la pérdida del ser amado; pero en ellos, a pesar de su énfasis subjetivista, también hay fragmentos ensayísticos donde expone y debate sus posiciones sobre el asunto. En los demás artículos predomina la prosa argumentativa propia del ensayo; no es ya su propia historia la protagonista —aunque sabemos que está en la base de sus reflexiones— sino sus ideas y argumentos sobre el tema.

² Liliana Weinberg diferencia el ensayo hermenéutico —con origen en Montaigne— el cual se centra en la experiencia de un sujeto universal pensado como representativo de la condición humana, del ensayo epistemológico —que se apoya en un sujeto del saber— y del ensayo ideológico (2004, p. 35).

En *El olvido que seremos* (2006), la dialéctica entre la escritura autobiográfica y la argumentativa se expresa cuando propone una discusión sobre la muerte en general y los contrastes existentes entre la naturalidad de un fallecimiento por vejez y lo imposible de aceptar de uno causado por la violencia. Inicia con una idea que, aunque parece obvia, le sirve de puerta de entrada para la argumentación que luego continua: “Hay una verdad trivial, pues no hay duda ni incertidumbre al decir-la, que sin embargo es importante tener siempre presente: todos nos vamos a morir, el desenlace de todas las vidas es el mismo” (p. 229). La premisa básica, entonces, es que todos moriremos. El ‘qué’, la muerte, es aquello frente a lo que no hay duda en la argumentación de Abad; se sabe de ella por el simple hecho de estar vivos.

La incertidumbre se ancla no en la muerte misma, sino en su momento, su forma y su lugar, de los cuales nada sabemos. En esta línea, sugiere que la manera en que enfrentamos la muerte, la relación que establecemos con ella después de que acontece, depende de estos factores que originan los contrastes entre la resignación y la protesta, entre la asunción tranquila de la pérdida y el desgarramiento trágico frente a lo absurdo. De todas las muertes posibles, afirma, hay una que aceptamos con bastante resignación: “la muerte por vejez, en la propia cama, después de una vida plena, intensa y útil [...]. Ya mayor, conservando los sentidos y rodeado de los seres queridos. Esa es la única muerte que aceptamos con tranquilidad y con el consuelo de la memoria” (*El olvido que seremos*, 2006, p. 231). En contraste con la naturalidad de una muerte por vejez, lúcida y acompañada, el autor considera que todas las otras formas de morir tienen un carácter odioso. De todas ellas, sostiene que las más absurdas son las de personas jóvenes y aquellas causadas por la violencia; en oposición a la resignación ante la muerte natural, estas últimas producen la rebelión de la conciencia, son inaceptables, producen un dolor y una rabia que no se mitigan. En este punto, Abad retoma el énfasis biográfico de su narración; abandona la reflexión impersonal sobre la relación que los humanos establecemos con la muerte y retorna a su propia experiencia, a la muerte inaceptable de su hermana adolescente, al asesinato absurdo de su padre: “Nunca acepté resignado la muerte de mi hermana, ni nunca pude aceptar con tranquilidad el asesinato de mi padre” (p. 232).

En la interpretación que hace de la relación que su padre tenía con la vida y con la muerte se vislumbra también el contraste entre lo aceptable de un fallecimiento natural y lo absurdo de uno causado por la violencia. Considera que su padre estaba satisfecho con lo vivido y preparado para morir; sin embargo, esta aceptación de la muerte natural estaba acompañada del horror ante la violencia. Cita uno de sus escritos, *Manual de la tolerancia*, donde Abad Gómez dice:

Para mí, que en este proceso de nacimiento-muerte que llamamos vida estoy más cercano a la última etapa que a la primera, el tema de la muerte se va haciendo cada vez más simple, más natural y aún diría que —no ya como tema sino como realidad— más deseable [...] Creo que he vivido plenamente, intensamente, suficientemente [...]. Aunque no le temo a la muerte tampoco quiero que me maten, ojalá no me maten: quiero morir rodeado de mis hijos y mis nietos, tranquilamente, una muerte violenta debe ser aterradora (*El olvido que seremos*, 2006, p. 234, 235).

Pero la violencia se impone y confronta a Abad y a su familia con la experiencia de hallar al padre asesinado. En su cuerpo, ya sin vida, ellos aún ven a su ser amado; intentan aferrarse a él como última forma de retenerlo con ellos; se oponen a que se lo lleven y demandan que todos los hijos puedan verlo, que la familia entera pueda constatar el horror de lo que le hicieron. Finalmente la separación es inaplazable:

Levantaron el cuerpo entre varios, de pies y manos, y lo lanzaron de mala manera en la parte de atrás de una camioneta, lo tiraron con violencia, como si fuera un bulto de papas, sin ningún respeto, y eso me dolió, como si le estuvieran quebrando los huesos, aunque ya no sintiera (*El olvido que seremos*, 2006, p. 250).

Para los funcionarios judiciales se trata de un cadáver más de la violencia de la década de los años 80 en Medellín, de una cosa que hay que retirar para evitar un motín que se anuncia en la exaltación percibida en el entorno; de un objeto que no representa más que un bulto. Para la familia AÚN ES el ser amado; en su cuerpo está íntegra su imagen, su historia, su esencia; allí están los vínculos con aquellos que, poco a poco, habrán de relacionarse con él solo por medio del recuerdo.

Ver el cadáver asesinado del amado es, para Abad, una experiencia límite que puede sacar al doliente de la realidad, que puede enloquecerlo como última vía para defenderse del horror. Eso sucede con una de sus hermanas, “la que lo ve, la que lo toca y la que está en el suelo al lado de mi padre, al cabo de unas semanas pierde la razón” (*Acuérdate de olvidar*, 2014, p. 2). En contra de la demanda inicial de la familia de que todas las hijas vean el cuerpo y constaten el asesinato del padre, cada una de ellas responde a su manera: “Dos de mis hermanas vienen y lo ven. Una de ellas [...] viene pero no se acerca, no lo quiere tocar, no quiere oler su sangre. Otras dos no quisieron venir [...]” (p. 2). 25 años después del asesinato, el autor admite que cree que ellas hicieron bien, que al menos no tienen en la memoria una escena que en su mente se repite una y otra vez; una que él no ha podido borrar a pesar del paso de tantos años.

Abad conjetura que tal vez su padre lo llevó tiempo atrás a conocer los muertos del anfiteatro como un intento de prepararlo para que fuera capaz de soportar su futura muerte violenta. Señala sin embargo, en respuesta a su propia hipótesis, que tal prueba no sirvió; nunca se está preparado para la muerte violenta, para el desgarramiento de un vínculo causado por otro que se arroga el derecho de decidir por la historia de un hombre y de una familia; para ver en un padre amado solo un objeto sangrante tirado de mala manera sobre una camioneta. “Su acto abominable [de los asesinatos] dejó una herida indeleble, pues como dijo un poeta colombiano, ‘lo que se escribe con sangre no se puede borrar’ (*El olvido que seremos*, 2006, p. 258).

Narrar la muerte: ejercicio de la memoria

Nada queda de la vida cuando no se recuerda, sostiene Abad en *Traiciones de la memoria* (2009). La vida, como los sueños, se desvanece cuando no se escribe; por eso ella se recuerda, no como ocurrió, sino como se relata. Reconoce en sí mismo la fragilidad de la memoria cuando evidencia que el recuerdo del padre se está desvaneciendo poco a poco en su mente, cuando nota que éste ya está casi borrado de aquellos que lo conocieron:

La memoria es un espejo opaco y vuelto añicos o, mejor dicho, está hecha de intemporales conchas de recuerdos desperdigadas sobre una playa de olvidos [...] Las imágenes se han perdido, los años, las palabras, los juegos, las caricias se han borrado. (*El olvido que seremos*, 2006, p.137).

Por eso en *El olvido que seremos* (2006) justifica la narración de la muerte, del dolor íntimo, con la intención de que la vida de su padre sea recordada —no solo su muerte, como enfatizará más adelante—; para que el olvido, que irremediablemente llegará, se aplace un poco y tarde en borrar de la memoria a un hombre bueno. Lo asume como un deber ineludible: contar la muerte como una forma de afianzar el recuerdo, ya no solo en la memoria privada de la familia, sino en la de una sociedad representada en un lector para quien posiblemente esta historia es ajena o, cuando

menos, lejana. Sin embargo, reconoce en este testimonio cierto carácter inútil en el sentido de la imposibilidad de las palabras para recuperar al padre amado, para hacer que la historia transcurra de otra manera; ninguna palabra podrá resucitarlo. Entonces, ¿para qué escribir? se pregunta. “Para nada; o para lo más simple y esencial: para que se sepa. Para alargar su recuerdo un poco más, antes de que llegue el olvido definitivo” (p. 255).

La única forma de sobrevivir tras la muerte, sostiene, es permanecer por un tiempo en la memoria de otros, memoria que, habiendo admitido ya su fragilidad, cada instante está más cerca de desaparecer. Dejar de existir es dejar de estar definitivamente en el recuerdo vívido de alguien. Contra el irremediable destino que a todos lleva al olvido, el autor contrapone la estrategia de los libros como simulacro de recuerdo, “una prótesis para recordar, un intento desesperado por hacer un poco más perdurable lo que es irremediablemente finito” (*El olvido que seremos*, 2006, p. 272). Busca entonces con las palabras, hechas libro, si no eternizar el recuerdo, sí aplazar un poco su desaparición; el relato, de esta forma, sustituye a la memoria.

Para quienes optan por la opción literaria para narrar la muerte hay un tiempo preciso, particular para cada quien. En el caso de Abad, él admite haber requerido casi veinte años para poder escribir esta historia en tanto las veces innumerables que intentó narrarla el recuerdo de su padre lo conmovía demasiado para poder hacerlo; su preferencia por un estilo de escritura más controlado lo detiene, lo obliga a esperar un largo tiempo cuando la herida, aunque persiste, es ya más una cicatriz. Para otros, narrar la muerte es un acto que puede hacerse prontamente; lo dice Abad en la presentación del libro *Lo que no tiene nombre*, de Piedad Bonnett. Conjetura que la autora ha sido capaz de poner en palabras el suicidio de su hijo, poco tiempo después de que éste ocurra, tal vez porque la enfermedad mental del joven, con varios años de evolución, la hizo vivir y presentir muchas veces su futura muerte anunciándola como una posibilidad tangible: “Ha sido capaz de hacerlo en caliente, sin tener que esperar, como otros, años o decenios para poder contar el horror, quizás porque la tragedia se venía fraguando ante sus ojos” (2013, p. 2).

En la narración de Bonnett, Abad reconoce un acto valiente, una capacidad de mirar la muerte y el sufrimiento a los ojos aunque sea insoportable; un “evocar con las palabras, ensayar revivir un muerto con la fuerza del aire, con el propio aliento, con la voz que nos sale de más adentro” (Presentación del libro *Lo que no tiene nombre*, 2013, p. 2). Admite, como había hecho antes consigo mismo, el fracaso del intento de devolverle la vida al amado, pero interpreta que la escritora, como él, lo hace por la confianza en que las palabras recuperan, que en ellas dura un poco más lo inevitablemente finito. Reitera Abad que en este caso también narrar la muerte plantea un esfuerzo contra el olvido. No para ensañarse con la herida, con la sangre, con el horror de la muerte misma, sino para reconstruir la historia de un amado cuya muerte fractura la vida de un escritor. Así, encuentra en este libro a un hijo enfermo, pero también a uno alegre, sensible, vivo. “No resucita, no, pero quienes no lo conocimos ni pudimos por lo tanto quererlo en vida, ya lo conocemos y ya lo queremos así sea en el recuerdo literario, a través de las palabras de su madre” (p. 2).

El olvido necesario

Hemos visto como la memoria y el olvido son tópicos que permanentemente contraponen en los textos estudiados. En *El olvido que seremos* (2006), conservar la memoria del amado, ampliarla al ámbito colectivo es, para Abad, el objetivo de su narración sobre la muerte. Se plantea la tarea de oponerse al título del libro, que anuncia la inevitabilidad del olvido, por medio de un ejercicio para conservar la memoria de un padre cuya historia se reconstruye en cada página; prolongar el recuerdo es, en ese momento, el fin de la escritura. Sin embargo, en textos posteriores —*Acuérdate de olvidar* (2012), *Cuando caduca la culpa* (2014)— el autor empieza a cuestionar el imperativo de

la memoria y a reconocer los beneficios de ciertas formas del olvido. Con este poema de Lope de Vega, Abad condensa en el texto de 2012 esta nueva posición:

Déjame pensamiento.
No más, no más memoria
que mi pasada gloria
conviertes en tormento
y de este sentimiento
ya no quiero memoria, sino olvido;
que son de un bien perdido,
—aunque presumes que mi mal mejoras—
discursos tristes para alegres horas.

En este apartado final se tratarán los nuevos matices de la posición del autor frente al olvido. Para ello, además de sus textos, se hace una lectura intertextual con el ensayo *Contra la memoria* (2012) de David Rieff, cuyos planteamientos sirven de soporte a los argumentos de Abad.

En 2006 el olvido aún se representa para el autor como amenaza. Esto se evidencia en el texto que retoma de Mejía Vallejo, con el cual el poeta se despide de Abad Gómez en su sepelio:

Vivimos en un país que olvida sus mejores rostros, sus mejores impulsos [...] Yo sé que lamentarán la ausencia tuya y un llanto de verdad humedecerá los ojos que te vieron y te conocieron. Después llegará ese tremendo borrón, porque somos tierra fácil para el olvido de lo que más queremos [...]. Y llegará ese olvido y será como un monstruo que todo lo arrasa, y tampoco de tu nombre tendrán memoria (*El olvido que seremos*, p. 247).

Seis años después de que el olvido se represente literariamente como amenaza, como destino contra el cual la escritura se esfuerza, en la conferencia *Acuérdate de olvidar* (2012), ofrecida para conmemorar los 25 años del asesinato de su padre, Abad propone una nueva perspectiva frente al tema. Tras anunciar al auditorio que contará dos historias trágicas, dos relatos frente a los cuales les sugiere taparse los oídos para no tener que confrontarse posteriormente con el horror que sus palabras evocarán, retoma la experiencia del asesinato de su padre y empieza a sustentar la idea que atraviesa todo el texto: también el olvido es necesario: “No creo que a nadie le convenga reparar tanta sangre. En realidad yo no quisiera ni ver ni imaginar ni recordar toda esa sangre [...]. El olvido también es un consuelo, tal vez el único que existe” (p. 7).

Empieza así a interrogar el imperativo de la memoria. Si en *El olvido que seremos* (2006) explica que escribe para recordar, en *Acuérdate de olvidar* (2012) sostiene que también escribe para poder olvidar, que hay que dejar de lado la carga del recuerdo trágico, por lo menos a ratos, para continuar la vida. Cuestiona por esto la pertinencia de la conmemoración del asesinato, en cada aniversario, pues esto lo obliga de nuevo a traer el recuerdo del horror de la sangre, el rencor contra los asesinos, la indignación contra una justicia inoperante; por ello, ante la imposibilidad de dar la vuelta a la historia, ante la impotencia frente a la impunidad, ante el desinterés frente a otro tipo de venganza, retoma a Borges en su idea de que el olvido es la única venganza y el único perdón posible. Apela, como justificación, a otro recuerdo de su padre, el de su enemistad con el sufrimiento y las enseñanzas vitales con las cuales su hijo se afirma en su nueva posición:

Yo sé que él, si pudiera, nos diría que ya no suframos más por su muerte, que yo no pensemos más en su sangre derramada [...] Mi papá no nos enseñó rencor sino alegría, No nos enseñó pesadumbre, sino optimismo. No subrayó la fealdad, sino la belleza (2012, p. 5).

Decide entonces dejar de conmemorar el asesinato. Sustenta que la muerte del padre, que el impacto del horror, no puede anular toda su historia y avanza en el artículo dándole la vuelta a la idea de la memoria: ya no aquella del crimen, no la de la victimización, sino la de la historia del humanista, de un buen padre, de un buen hombre. “La tragedia final de su vida no puede teñir de tristeza y desesperanza toda una vida dedicada a confiar y luchar por la esperanza en un mundo mejor” (*Acuérdate de olvidar*, 2012, p. 5). Argumenta que, justamente, fue la memoria de la vida de su padre, y no la de su muerte, la que quiso reconstruir con la escritura de *El olvido que seremos*. No se vislumbra en los artículos una oposición radical entre la memoria y el olvido, sino una toma de posición frente a qué se quiere recordar del amado perdido y qué se quiere olvidar de las condiciones de su muerte.

Paralela a la reflexión sobre la necesidad de un olvido privado, también desarrolla apartados argumentativos sobre los riesgos de los excesos de la memoria individual y colectiva. Si bien sostiene que es políticamente importante una larga memoria que hace que los criminales no se sientan nunca a salvo, su posición se afianza en torno a los peligros que esta conlleva. Se apoya para sus argumentos en el texto *Contra la memoria* (2012), del escritor norteamericano David Rieff, quien a partir de su trabajo como reportero de guerra en Bosnia escribe una crítica sobre la memoria histórica colectiva en tanto allí fue testigo de lo que él interpreta como “una masacre avivada por la memoria, o más precisamente por la incapacidad para el olvido” (p. 80).

Según este autor, la memoria colectiva es, por lo general, una deformación de la historia que se construye con mitos, con mártires de cada lado que refuerzan el rencor e imposibilitan la reconciliación. Un exceso de memoria de las heridas acarrea una veneración del sufrimiento individual y colectivo, de lo irrecuperable a expensas del porvenir. Sostiene Rieff que “la memoria histórica ha conducido con frecuencia a las sociedades a la guerra más que a la paz, al rencor más que a la reconciliación y a la resolución de vengarse en lugar de obligarse a la ardua labor del perdón” (p. 23).

Basado en este texto, Abad escribe el artículo ¿Cuándo caduca la culpa? (2014), en el que trata el tema de la paz en Colombia y señala las falencias de la premisa de que una de las funciones del recuerdo es evitar que la historia se repita, que conocer el pasado permite escarmentar y hacer que el futuro sea distinto. Argumenta que, contra el deber ético que la memoria colectiva impone de no olvidar ni perdonar los crímenes contra la humanidad, sería conveniente, quizás, un poco de amnistía, —que viene de amnesia, de olvido—, para superar los rencores, arrepentimientos y resentimientos (p. 2). Es la misma idea que sostiene cuando retoma el poema *Los justos* de Borges y destaca, entre ellos, a aquel que prefiere que los otros tengan razón.

Este país nunca podrá reconciliarse consigo mismo y con su propio pasado si no les damos a nuestros enemigos, al menos, el beneficio de la duda. Tal vez ellos tenían algo de razón. Siempre. Tal vez ellos creían actuar en defensa propia cuando mataron a los justos. Tal vez ellos mataron porque no sabían lo que estaban haciendo (*Acuérdate de olvidar*, 2012, p. 5).

En esta perspectiva, para ambos autores alcanzar la paz en contextos de guerra requiere ciertas renunciaciones frente a la memoria y la justicia. Sostiene Rieff (2012): “Para [...] nosotros que habíamos sido testigos presenciales del horror de aquella guerra, toda paz, toda terminación, no importa cuán injusta, a la incesante imposición de la muerte, el sufrimiento y la humillación era preferible a la continuación de la masacre” (p. 47, 48). La paz, reitera, es siempre urgente.

De esta manera, la tesis de Rieff (2012) es que la justa medida del olvido es la condición para una sociedad pacífica y decente. Conjetura que lo que garantiza la salud de las sociedades y de los individuos no es su capacidad de recordar, sino su capacidad, finalmente, para olvidar; el olvido sería entonces más causa de alivio que de remordimiento. Sin embargo aclara, acaso para moderar su posición, que se trata de un olvido que no ha de ocurrir inmediatamente después de un gran crimen o cuando sus perpetradores andan sueltos; no prescribe un Alzheimer moral que anule el homenaje a los muertos, lo cual plantearía un empobrecimiento social. Reafirma, sin embargo, que a pesar de que la conmemoración es una exigencia ética también conlleva un riesgo político e incluso existencial en tanto puede condenar al afectado a sentir el dolor de las heridas históricas y la amargura de los resentimientos indefinidamente: “el peligro de recordar demasiado bien, con demasiada vivacidad o apasionamiento es lo que debería preocuparnos” (p. 47).

En este último planteamiento, Rieff (2012) gira su mirada del ámbito colectivo al de lo privado al sustentar que un anclaje en la memoria también conlleva riesgos para la existencia de los afectados. Asimismo, Abad (2012) señala las consecuencias adversas para aquellos que han sufrido formas de la violencia quienes, afirma, sufren de un exceso de memoria que los conduce no solo al anclaje en el dolor por lo perdido sino a la perpetuación del rencor, del resentimiento como alimento de la memoria, que termina siendo nocivo en tanto impide la serenidad interior. Reitera que es necesario olvidar, por lo menos a ratos, para poder vivir. Se vislumbra entonces, en ambos, una proposición ética del olvido necesario que le permita, no solo a las sociedades alcanzar la paz, sino también a los afectados cicatrizar las heridas causadas por la violencia y reconstruir un nuevo sentido para sus vidas:

Todo debe llegar a su fin, incluso las penas del duelo. De otro modo, la sangre nunca se seca, el fin de un gran amor se convierte en el fin del amor mismo y, mucho después de que la disputa haya dejado de tener sentido, el recuerdo del rencor perdura. El perdón no es suficiente. No puede sustraerse a su propia contingencia. Sin olvido, seríamos monstruos heridos, sin perdón dado o recibido... y, suponiendo que hemos estado prestando atención, seríamos inconsolables (Rieff, 2012, p. 81).

Rieff (2012) concluye su argumento citando dos fragmentos de poemas de la ganadora del premio nobel de literatura en 1996, la polaca Wislawa Szymborska, quien vivió las invasiones nazis y rusas a su país, y en quien el autor encuentra una defensa del olvido, a pesar de una vida teñida de recuerdos trágicos y destructivos, si se quiere que la vida continúe. Para terminar, se transcriben los dos fragmentos, que hacen parte del libro *Fin y Principio* (1997), en los que resuenan los argumentos de Abad y Rieff sobre el olvido necesario:

Fin y principio

Quienes saben

La trama de la historia

Tienen que ceder

A quienes apenas la conocen.

Y menos que apenas

E incluso nada

En la hierba que ha crecido
Sobre causa y efectos
Alguien debe tumbarse
Con una espiga entre los dientes
Para contemplar las nubes. [...]

La realidad exige

La realidad exige
que también se diga:
la vida sigue.
Sigue en Cannas y en Borodino
y en Kosovo Pole y en Guernica [...]

Referencias

Abad, H. (2006). *El olvido que seremos*. Planeta: Bogotá.

Abad, H. (2009). *Traiciones de la memoria*. Alfaguara: Bogotá.

Abad, H. (2012, Agosto). *Acuérdate de olvidar*. Blogs El espectador. Recuperado el 10 de marzo de 2014 de <http://blogs.elespectador.com/habad/2012/08/25/acuerdate-de-olvidar/>

Abad, H. (2012, Agosto). *El ensimismado, el enajenado*. Blogs El espectador Recuperado el 10 de marzo de 2014 de <http://blogs.elespectador.com/habad/?s=El+ensimismado>

Abad, H. (2013, marzo). *Presentación del libro 'Lo que no tiene nombre', de Piedad Bonnett*. Blogs El espectador. Recuperado el 10 de marzo de 2014 de <http://blogs.elespectador.com/habad/2013/03/20/loquenotienenombre/>

Abad, H. (2013, marzo). *Cuando caduca la culpa*. Blogs El espectador. Recuperado el 10 de marzo de 2014 de <http://www.hectorabad.com/cuando-caduca-la-culpa/>

Rieff, D. (2012). *Contra la memoria*. Random Hause Mondadori: Barcelona.

Szyborska, W. (1997). *El gran número, Fin y principio y otros poemas*. Hiperión: Madrid.

Weinberg, L. (2004). *Umbrales del ensayo*. Universidad Nacional Autónoma de México: Ciudad de México.